



Lit. de J. Duen. Madrid.

MUJERES CÉLEBRES

BRUNEQUILDA.

LIBRO SEGUNDO.

EDAD MEDIA.

GALSUINDA Y BRUNEQUILDA.

Adelantaba la segunda mitad del siglo v de nuestra era. El imperio que habia comenzado con un Augusto, terminaba con un Augústulo, á los quinientos siete años y el mil doscientos veinte y nueve de la fundacion de Roma, despues de ochenta y uno de agonía desde la muerte del gran Teodosio. El Senado declaró que el Capitolio abdicaba el imperio del mundo; y aquel coloso cayó hundido, para que de sus ruinas se levantasen cien pueblos, que moviéndose en su propia órbita creasen las nuevas nacionalidades.

Entre estos Estados ocupa un lugar preferente en la historia por su mayor cultura y rápido engrandecimiento el que los visigodos fundaron en nuestra península, que bajo el reinado de Eurico llega al apogeo de su grandeza.

No logran conservarle á tanta altura sus sucesores Alarico II, ni Amalarico; y aunque Teudis parece destinado á restituírle toda su grandeza, le ataja en medio de sus empresas el puñal de un asesino.

El encono entre francos y godos crecía entre tanto; y no siendo los llamados á extinguirlo el desenfrenado Teudiselo ni el libertino Agila, aprovechándose de las discordias interiores el astuto Atanagildo consiguió ceñir la corona ayudado por Justiniano, quedando despues de una sangrienta batalla junto á Sevilla en la pacífica posesion del reino godo, cuya corte no determinada hasta entonces, fijóse definitivamente en Toledo.

Sagaz político Atanagildo, supo conjurar el odio y hacerles formar tan ventajosa idea del reino que vióse á los dos de los francos, nietos de Clodoveo, Sigiberto, Rey de Metz, y Chilperico que lo era de Soissons, pedir sucesivamente en matrimonio á Atanagildo sus dos hijas Brunequilda y Galsuinda.

Atendiendo mas á la terminacion de pasadas contiendas y al bien de sus pueblos, que á los impulsos de su corazon, cedió Atanagildo á Chilperico en matrimonio á Galsuinda, pues el rey franco tenia reputacion de desarreglado y libertino, y esperaba un triste porvenir á la princesa goda.

La vida que hacia Chilperico, era una continuada bacanal y á la cabeza de sus concubinas se hallaba la terrible Fredegunda, cuyo nombre habia ya adquirido triste celebridad tanto por sus vicios como por sus crímenes. Apesar de tan malos auspicios, la hija de Atanagildo salió de España acompañada de su madre, que no acertaba á separarse de ella, como si un triste presentimiento le descubriese los desastres que lo porvenir guardaba para la hija de su corazon.

Al principio ocultó Chilperico su perversa condicion, y hubo momentos en que logró engañar á su legitima esposa. Celebráronse las bodas en Tours; y fué recibida, dice el historiador Obispo de aquella ciudad, en el lecho de Chilperico con honor y con demostraciones de amor, porque llevaba consigo grandes tesoros; pero bien pronto la pasion de Fredegunda ocasionó entre ellos violentos disturbios ¹.

En vano Chilperico prometió á Galsuinda cuando aspiraba mas que

¹ Gregor. Turon. lib. IV, cap. 28.

á su mano á sus riquezas y á la importante alianza del Rey godo, no tener á su lado otra muger, y renunciar para siempre á sus vergonzosos amores. El perjuro esposo dominado por la lasciva belleza de Fredegunda, continuó viviendo con ella en mengua de su palabra real empeñada, lo cual fué causa de que la hija de Atanagildo acudiese en queja á la asamblea de los Estados; pero antes de pronunciar estos su decision, quedaron tristemente sorprendidos al saber que el bárbaro Rey, por complacer á Fredegunda, habia hecho ahogar en su propio lecho á la infeliz Galsuinda por mano de un esclavo, casándose despues con la consejera del crimen, objeto de sus livianas pasiones.

Este inaudito atentado produjo en el reino trastornos sin número, renovándose los horrores de la antigua familia de Atreo, y siendo dos mugeres tambien el alma de aquellas contiendas, agitada la una por sus malos instintos, la otra por sus deseos de venganza, al ver tan cobarde é impiamente asesinada á la compañera de su infancia, á la hermana querida de su corazon.

Al escribir la biografía de Brunequilda no tratamos de ofrecer á nuestras lectoras un ejemplo que seguir, sino un peligro de que apartarse; que si la práctica de la virtud ofrece la mejor y mas sólida enseñanza, los hechos criminales que por desgracia turban la paz de la tranquila historia, sirven tambien, como de faros encendidos, aunque con luz siniestra, sobre los escollos de la vida humana, para apartarse de ellos.

La vida de Brunequilda llena de errores y terminada entre crímenes, es una elocuente leccion de los fatales extremos á que conduce al corazon de la muger, el miserable deseo de la venganza.

Hija menor esta Princesa de Atanagildo, y de tan extraordinaria hermosura, que el poeta latino que cantó sus bodas, no vaciló en compararla á Venus, unióse como ya hemos indicado casi al mismo tiempo que su hermana, á Sigiberto Rey de Metz, capital de la antigua Austrasia, el cual á diferencia de Chilperico, gozaba reputacion de honrado y de arregladas costumbres ¹. Y dióle desde luego Bru-

¹ Las bodas de Brunequilda fueron cantadas por el trevisano Fortunato en versos, que sobresalen por la ternura de sus pensamientos.

nequilda pruebas de su amor conyugal, y de respeto y deferencia á la nacion, cuyo trono era llamada á compartir, abjurando, lo mismo que su hermana Galsuinda el arrianismo, y pidiendo la comunión á la Iglesia Católica, cuyas santas doctrinas no habian logrado desterrar completamente de aquellas sociedades, la rudeza y ferocidad de costumbres que las caracterizaba.

Dividida la Francia á la muerte de Clotario entre sus hijos, obtuvo Cariberto el mas audaz, que habia intentado ocuparlo todo con los tesoros paternos, á Paris; el buen Gontran á Orleans; Sigeberto la Austrasia; y Chilperico á Soissons; quedando repartida entre todos la Aquitania y la Borgoña, como para comprometerse en la defensa de los lejanos confines meridionales. Permanecieron algun tiempo en pacífica posesion de sus estados estos Monarcas, pero pronto vino á turbar la paz la temprana muerte de Cariberto, á consecuencia de la cual, Gontran, que residia en Chalons á orillas del Saona, se tituló rey de Borgoña: la lejana Aquitania entre tanto iba sacudiendo el yugo de los francos; y Paris quedó indiviso entre aquellos tres hermanos coronados, no pudiendo entrar en la ciudad del Sena ninguno de los tres Reyes, como no lo consintiesen los otros dos.

La Francia entonces se halló dividida en dos campos, que formaron dos agrupaciones segun su diferente origen, siendo la Austrasia toda germánica, y galo-romanas la Neustria y la Borgoña.

Los invasores y bárbaros instintos de aquellos monarcas, no tardaron en desarrollarse; y sin que fuera bastante á corregirlos la

mientos. Véase en prueba de ello la traduccion de la despedida de Gosvinda, que al separarse de su hija Brunequilda exclama: «España, tan vasta para tus habitantes, y sin embargo tan estrecha para una madre; tierra del sol, convertida en prision para mí, aun cuando te extiendas desde el país de Zéfiro hasta el del ardiente Eoo, y desde la Tirrenia hasta el Océano, aun cuando bastes á pueblos numerosos, eres demasiado pequeña para mí, desde que no está aquí mi hija. Sin tí, hija mia, estaré aquí como estrangera y errante, ciudadana y desterrada á la vez en el país propio. ¿Qué mirarán ya estos ojos buscando por todas partes á mi hija?... Si algun niño juega conmigo, tu serás mi suplicio; si abrazo á otro, tu pesarás sobre mi corazon; si otro corre, se detiene, se sienta, llora, entra ó sale, tu cara imágen estará siempre á mi vista. Habíéndome alejado tú, buscaré caricias extrañas, y llorando oprimiré otra cara en mi estéril seno; enjugaré con mis besos las lágrimas de otro niño, y me alimentaré con ellas, y ojalá pudiese encontrar así algun alivio á mi ardiente sed!... ¿Qué mano querida peinará y compondrá ahora tus cabellos? y cuando yo no exista ¿quién cubrirá de besos tus suaves megillas? ¿quién te calentará en su seno, te sostendrá en las rodillas y te rodeará con los brazos? ¡Ah! cuando estés sin mí, no tendrás madre. Pero el voto de mi afligido corazon en el momento de la separacion es el que voy á decir: Sé feliz, te lo suplico. Déjame, anda, adios; al través de los espacios del aire envía algun consuelo á tu impaciente madre y si me trae el viento alguna noticia, plegue á Dios que propicia sea.» *Carm. VI. 7.*

educacion que les habia dado su padre, invirtieron medio siglo en asesinatos y crímenes, en batallas interiores, que no daban mas resultado que hacer infelices á los pueblos, los cuales á su vez, sostenidos en su encono por la enemistad de raza que les animaba, dieron á aquellas guerras fratricidas la importancia y ferocidad de una lucha sostenida de nacion á nacion. Gontran era el mejor de los hermanos, hasta el punto de que se le venerase como santo por su ardiente celo contra los arrianos y simoníacos; y sin embargo, solo por que su esposa le dijo en sus últimos momentos, que los médicos la hacian sucumbir, Gontran mandó matar á aquellos infelices discípulos de Esculapio. Este solo hecho dá la norma de aquellas costumbres en el período que historiamos.

Si en guerra con los Avares pierde la libertad Sigeberto, en vez de aprestarse á vengarle su hermano Chilperico, se aprovecha de su cautividad para invadir su reino y sorprender á Reims; y cuando recobra aquel la libertad, mediante un gran rescate, tiene que desalojar á los Neustrianos de sus Estados, cayendo en el exceso de su venganza sobre la Capital del reino de Chilperico, la cual tomó, haciendo prisionero al hijo de este monarca. Generoso sin embargo restituyó despues de la victoria á su hermano la ciudad y su sobrino; que Sigeberto apesar de todo, era acaso el que de los tres hermanos, amaba mas sinceramente la paz de la familia.

La union de los dos Reyes con las Españolas hijas de Atanagildo pareció afirmar la concordia; pero ya hemos visto de que modo trató Chilperico á Galsuinda, y el triste fin de la Princesa goda. La sed de venganza de Brunequilda, justamente escitada por el infame asesinato de su hermana, hizo que Sigeberto rompiese la apenas comenzada calma; y aunque por mediacion de Gontran se restableció de nuevo la armonía, cediendo Chilperico á Brunequilda las ciudades señaladas en dote á la asesinada Galsuinda, duró poco tiempo la paz.

La implacable y malvada Fredegunda, esposa ya de Chilperico, no podia llevar con paciencia la cesion del dote de su víctima, y volvió á impulsar á la guerra á su esposo, guerra en la cual le cupo la peor